

 Cantaró

Colección del **MIRADOR**

Juan Darién

Cuento y obra
teatral

HORACIO QUIROGA
MAURICIO KARTUN

Colección del *MIRADOR*

Juan Darién
(cuento y obra teatral)

HORACIO QUIROGA
MAURICIO KARTUN

 Cantaro

Colección del
MIRADOR

Editora de la colección: Karina Echevarría

Secciones especiales: Valeria Stefani

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: Latinstock

Quiroga, Horacio

Juan Darién : cuento y obra teatral / Horacio Quiroga y Mauricio Kartun.

- 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2015.

112 p. ; 19x14 cm. (Del Mirador ; 258)

ISBN 978-950-753-413-3

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Teatro. I. Kartun, Mauricio II. Título
CDD U860

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2015

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-413-3

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**Puertas
de acceso**

*Fuerte, inocente, ensangrentado y nuevo,
él irá por su selva y su mañana
y marcará su rastro en la limosa
margen de un río cuyo nombre ignora
(en su mundo no hay nombres ni pasado
ni porvenir, solo un instante cierto).*

J. L. Borges, "El otro tigre"

De la narración al escenario: dos lenguajes para Juan Darién

Desde la primera línea de su cuento, Horacio Quiroga deja en claro que esta es la historia de un tigre. Juan Darién es un tigre, un yaguareté para ser más exactos. Su nombre es humano, pero él es un tigre. Un tigre que da nombre a un cuento. Y el cuento es como el tigre: también acecha, con movimientos imperceptibles, como todo cuento, a la espera de dar el zarpa-zo a su lector. Se prepara para el final inevitable, mientras los dibujos escritos en su piel de papel nos cuentan quién es. Un tigre que salta con infinita precisión desde el texto original a

la obra escrita por Kartun, al tiempo que sus rugidos se hacen eco en nuevas lecturas.

El “Juan Darién” de Quiroga formó parte del libro *El desierto* publicado en 1924. Gran conocedor de la selva misionera, el escritor cuenta la historia de un tigre que toma forma humana y aprende a vivir entre los hombres. Transformación de lo animal en humano, ¿y de lo salvaje en lo civilizado?

Sobre este texto, Mauricio Kartun opera otras transformaciones: por encargo de la Universidad Nacional de San Martín, Kartun escribe una versión para teatro del cuento de Horacio Quiroga para ser estrenada a comienzos del 2015. Pasa de la narración literaria al texto teatral. Reescribe, pero en otro código, y la historia adquiere así nuevas dimensiones. Es ahora el texto el que cambia de cuerpo. Y al hacer esto, realiza una tercera transformación: su lectura de “Juan Darién” se convierte en nueva escritura. Conserva su identidad, sí, allí está nuestro Juan Darién, pero al mismo tiempo es otro, distinto, cargado de nuevas significaciones.

La historia transcurre en un lugar limítrofe, una pequeña casa al borde de la selva, allí donde termina el pueblo de los hombres y empieza la espesura salvaje. Es en este espacio fronterizo y en los pasajes que ahí se producen entre lo humano y lo animal, entre la narración y el teatro, entre la lectura y la escritura, que exploraremos los interrogantes que nos plantean estas dos obras y el diálogo que entre ellas se establece.

El hombre y la naturaleza: alianzas y enfrentamientos

Como muchos otros cuentos de Quiroga, “Juan Darién”, en principio, toma elementos del cuento tradicional y de la leyenda: el tiempo y el espacio indefinido, los animales como personajes, la metamorfosis, los motivos de la orfandad y del niño bueno. Incluso, por momentos, el narrador presenta su relato acercándolo a la literatura infantil: “Y los chicos que lean esto” dice y más adelante incluye un “los niños que me oyen...”. Recordemos que muchos de los cuentos de Quiroga tuvieron como primeros destinatarios a sus hijos, para luego ser publicados en revistas hasta llegar a conformar en 1918 el volumen *Cuentos de la selva para niños*.

Sin embargo, a partir de esta estructura más bien tradicional, Quiroga explorará otros territorios y complejizará las temáticas iniciales.

La selva

Empecemos por el marco: si bien la historia transcurre como muchos cuentos de hadas “una vez” en “un pueblo lejano”, sabemos que ese espacio es la selva, un espacio que tuvo una presencia concreta en la vida y en la obra de Quiroga.

El joven Horacio Quiroga conoció la selva misionera en 1903, durante una expedición en la que acompañó al escritor Leopoldo Lugones como fotógrafo. Había nacido en Salto, Uruguay, en 1878, pero al instalarse en Buenos Aires había adoptado la ciudadanía argentina. Ya había publicado su primer libro y continuaba escribiendo cuentos para revistas. Quiroga quedó deslumbrado por el lugar y unos años después regresó, esta vez para quedarse a vivir en San Ignacio. Él mismo levantó su casa al borde de la selva y trabajó la tierra. Si bien la muerte de su primera esposa ocurrida en 1915 lo obligaría a regresar con sus

hijos por algunos años a Buenos Aires, en el futuro se instalaría nuevamente en su casa de Misiones. Su último viaje a Buenos Aires sería ya con su salud desmejorada, poco antes de dar fin a su vida en 1937 a raíz de su enfermedad.

La experiencia de los años allí vividos fueron una fuente de inspiración para sus cuentos: no solo por la ambientación o los personajes, sino sobre todo por cómo plasmó en su escritura la tensión entre el hombre y la naturaleza. Se trata de una relación cruda, ambivalente, a veces despiadada. Si por un lado el hombre admira y ama la naturaleza, también le teme, se protege y lucha contra ella. Si por un lado la selva provee, también quita y amenaza constantemente: animales salvajes, venenos, insolación, un río infranqueable o la mera soledad son solo algunos de los peligros que acechan entre la vegetación de los cuentos de Quiroga.

Para sobrevivir frente a esta hostilidad, el hombre realiza alianzas y a la vez lucha contra su entorno: y no es casualidad que en este cuento esas dos actitudes aparezcan encarnadas en los gestos, casi instintivos, de dos madres. La primera, aquella que habiendo sufrido la pérdida de su hijo, recoge al cachorro de tigre y lo amamanta. Se ayudan mutuamente. El tigre cobra forma humana, pero desde el principio se anuncia que esta especie de hechizo tiene un punto débil: se romperá el día que otra madre reclame que Juan Darién cobre su verdadera forma. Sucede como en el cuento de la Bella Durmiente: no hay forma de que los padres de la princesa eliminen todas las agujas del reino para que ella no se pinche, sabemos que tarde o temprano la maldición que la bruja realizó al nacer la niña se cumplirá, ella encontrará alguna aguja, se la clavará y dormirá por años. Así también debe cumplirse en “Juan Darién” el funesto pronóstico: la alianza se convertirá en enfrentamiento cuando otra madre intente proteger a su hijo de aquel joven acosado por la multitud.

Juan Darién vive su vida humana en ese equilibrio inestable entre el hombre y la naturaleza en el que las alianzas son pasajeras y se rompen para convertirse en terribles enfrentamientos a muerte.

Los animales

Es conocido el amor de Quiroga por los animales y la importante presencia de ellos en sus cuentos, elemento que no es ajeno a la literatura ni al arte en general: hay una larga tradición de personajes animales que cobran características humanas. Pero Quiroga es muy cuidadoso con esta antropomorfización, los animales de sus cuentos no dejan de ser ellos, solo adoptan de los humanos algún rasgo: a veces el lenguaje, algún sentimiento o costumbre, nada más.

Más extraña es en su obra la inclusión de metamorfosis que lo acerquen al cuento maravilloso, como en este caso la mágica transformación del cuerpo del tigrecito en un bebé. Podríamos pensar en el sapo que con el beso de la princesa recobra su forma humana, en la Bestia que debe ser regenerada por la Bella para ser príncipe y hasta en Pinocho ansiando ser un humano de carne y hueso. En todas estas historias, el ideal está centrado en las características humanas. Horacio Quiroga cuestiona con su cuento esta visión antropocéntrica. La transformación en humano no es el final feliz de la historia, sino tan solo el comienzo a partir del cual se dará lugar al conflicto en el que se hará visible cuánto de salvaje hay en el mundo supuestamente civilizado.

Quiroga invierte el mito del hombre salvaje. En *El libro de la selva* de Rudyard Kipling, autor admirado por Quiroga, el protagonista, Mowgli, es un niño criado por una manada de lobos que recibe la ayuda de otros animales para sobrevivir y reincorporarse a la sociedad humana; por otra parte, cuando Quiroga escribe, hacía pocos años que la novela *Tarzán de los monos* de Edgar Rice

Burroughs había tenido su primera versión fílmica en cine mudo. En “Juan Darién” es ahora el animal el que se cría entre humanos. Como en las otras obras mencionadas, también acá se plantea la pregunta sobre las diferencias y los lazos que unen a estos dos mundos, pero Quiroga adopta para eso la perspectiva del mundo animal sobre nosotros: no se trata de qué tan hospitalarios son los animales, de cómo una mona o una loba pueden acoger a un cachorro humano como propio, sino de cómo la sociedad humana está capacitada para aceptar al otro, al diferente.

La sociedad

Las alianzas entre animales y humanos suelen darse, en la obra de Quiroga, cuando se trata de individuos aislados: los animales saben que deben cuidarse del hombre, pero se muestran sumamente agradecidos cuando este los salva o les da alguna muestra de cariño. Por lo general se trata de personas solitarias que por alguna razón se separan o han sido excluidos de la sociedad y se internan en la selva, o de niños que todavía tienen un lazo más fuerte con la naturaleza. En este caso, es una mujer que ha quedado viuda y sola.

En cambio, muy distinta es la situación cuando los humanos actúan como sociedad:

Por lo contrario, cuando los animales entran en contacto, no con un individuo solitario sino con una comunidad de seres humanos, la relación que se establece es de hostilidad y a menudo desemboca en un conflicto abierto. En estos casos, en efecto, los hombres representan a nivel metafórico la civilización moderna que invade el mundo de la naturaleza virgen para saquear sus riquezas, determinando así una alteración de los delicados equilibrios del ecosistema y amenazando la sobrevivencia de las especies

*que allí viven. Frente a este peligro, los animales protagonistas de los cuentos se alían para rechazar y combatir al enemigo común, actuando a menudo estrategias y modalidades de defensa que reproducen de modo especular las de los seres humanos.*¹

Es la comunidad moviéndose como masa la que expulsa a Juan Darién, la que no acepta la intromisión de lo salvaje. No es extraño que el ámbito donde surge el conflicto sea aquel que más alejaba a Juan de su mundo original y lo acercaba a los principios de la sociedad: la escuela. Y tampoco es extraño que quien impulsa este conflicto y el rechazo sea el inspector, alguien extranjero que viene de la capital, del centro mismo del ideal de civilización al que aspira el pueblo. ¿Cómo reacciona Juan frente a esto? ¿Es la suya una reacción de hombre o de tigre?

Una vez más, Quiroga se distancia de los esquemas tradicionales. No hay niño bueno y obediente que sea redimido después de tanto sufrimiento. No hay final con moraleja, porque no se busca reproducir la moral imperante sino, por el contrario, ponerla bajo la mirada crítica.

De la narración al escenario: más que un cambio de código

“Juan Darién” llega al teatro de la mano del dramaturgo Mauricio Kartun, uno de los principales exponentes actuales del teatro argentino, nacido en San Martín, Provincia de Buenos Aires, en 1946. Sus inicios en el teatro se dieron durante

¹ Corti, Erminio, “Algunas observaciones sobre la representación antropomórfica de los animales en la escritura de Horacio Quiroga”, en *Iperstoria*. Disponible en: <http://www.iperstoria.it/vecchiosito/httpdocs/?p=548>

los años sesenta, pero fue después de la dictadura, en 1987, cuando ingresó al circuito oficial con el estreno de una obra más extensa, *Pericones*, en el Teatro San Martín. Otras obras le siguieron con éxito y le valieron diversos reconocimientos, como *La Madonnita*, *El niño argentino*, *Salomé de chacra* y la reciente *Terrenal*, entre otras. Desempeña también una fuerte labor docente como maestro de dramaturgos y fue a partir de la experiencia que veía en sus alumnos y a pesar de su resistencia inicial, que Kartun se permitió incursionar en la dirección de sus propias obras.

Como dramaturgo, Kartun se coloca a sí mismo en un espacio intermedio entre la literatura y la puesta en escena:

*Vivo y trabajo desde hace treinta años en un territorio incierto e inefable: el del texto teatral. Un lugar cuyos límites comprimen y cuestionan desde siempre sus potencias vecinas: la narrativa y la actividad escénica. (...) Y he quedado del lado de adentro de esta comarca mediterránea. Sin mar. La dramaturgia es la Bolivia del territorio literario. Por suerte nos queda de vez en cuando volar. O darse unas vueltitas cada tanto por el borde de esos campos de al lado a ver qué se roba. Y disfrutar —claro— como cualquier habitante de frontera de pararse en la línea del límite y soñar que no se está en ningún lado.*²

Comprimir y cuestionar es también articular. “Robar” no solo ideas, sino argumentos del territorio de la narrativa es algo que se remonta a los orígenes mismos del teatro argentino: para Kartun, el teatro argentino nació con la versión teatral de la

² Kartun, Mauricio, “Dramaturgia y Narrativa. Algunas fronteras en el cielo” en *Prósopon. Analecta literaria*, 2011. Disponible en: <http://prosuponteatroyartesescenicas.blogspot.com.ar/2010/02/mauricio-kartun.html>

novela folletinesca *Juan Moreira*, realizada por su autor, Eduardo Gutiérrez, y por José Podestá, obra que se ganó el aplauso popular.

Si bien Kartun ha expresado cierta resistencia a versionar textos literarios, al leer “Juan Darién” algo le debe haber hecho aceptar la propuesta. Probablemente, algún eco de su propia poética y sus intereses personales resonó a partir del cuento: la presencia de lo popular y de un entorno latinoamericano, la representación de situaciones micropolíticas que contienen en sí mismas una representación trasladable a situaciones más generales, la reflexión sobre la utopía, la posibilidad de la transformación de lo cotidiano en poesía. Quién sabe.

En su trabajo de transposición, Kartun tuvo que buscar la manera de que lo que en la literatura se contaba, en el teatro se mostrara. Lo que en la escritura se ve a través de las dos dimensiones de la página, en el teatro cobra cuerpo en la actuación sobre el escenario, cobra volumen, se da en tres dimensiones. Kartun debe pensar un texto que pueda poner frente a los ojos del espectador la escena misma en que, por ejemplo, el tigre es recogido o en la que el pueblo persigue a Juan. Y para eso no puede referir el hecho, debe hacer actuar y hablar a sus protagonistas. De ahí que su texto recurra a la polifonía. Así Kartun sostiene que la virtud más preciada del teatro es “*la riqueza melódica, conceptual y rítmica de su estructura polifónica: la convivencia en una misma unidad textual de una variedad de voces que hacen de todo gran texto teatral además una secreta sinfonía*”³.

Esta multitud de voces que se entrecruzan surgen de un uso heterogéneo del lenguaje como materia modelable y elástica con la que los personajes construyen la representación. El lenguaje adopta diversidades de formas:

³ Kartun, Mauricio, op. cit.

Juan Darién

HORACIO QUIROGA

Aquí se cuenta la historia de un tigre que se crió y educó entre los hombres, y que se llamaba Juan Darién. Asistió cuatro años a la escuela vestido de pantalón y camisa, y dio sus lecciones correctamente, aunque era un tigre de las selvas; pero esto se debe a que su figura era de hombre, conforme se narra en las siguientes líneas.

Una vez, a principio de otoño, la viruela visitó un pueblo de un país lejano y mató a muchas personas. Los hermanos perdieron a sus hermanitas, y las criaturas que comenzaban a caminar quedaron sin padre ni madre. Las madres perdieron a su vez a sus hijos, y una pobre mujer joven y viuda llevó ella misma a enterrar a su hijito, lo único que tenía en este mundo. Cuando volvió a su casa, se quedó sentada pensando en su chiquillo. Y murmuraba:

—Dios debía haber tenido más compasión de mí, y me ha llevado a mi hijo. En el cielo podrá haber ángeles, pero mi hijo no los conoce. Y a quien él conoce bien es a mí, ¡pobre hijo mío!

Y miraba a lo lejos, pues estaba sentada en el fondo de su casa, frente a un portoncito donde se veía la selva.

Ahora bien; en la selva había muchos animales feroces que rugían al caer la noche y al amanecer. Y la pobre mujer, que continuaba sentada, alcanzó a ver en la oscuridad una cosa chiquita y vacilante que entraba por la puerta, como un gatito que apenas tuviera fuerzas para caminar. La mujer se agachó y levantó en las manos un tigrecito¹ de pocos días, pues aún tenía los ojos cerrados. Y cuando el mísero cachorro sintió el contacto de las manos, runroneó de contento, porque ya no estaba solo. La madre tuvo largo rato suspendido en el aire aquel pequeño enemigo de los hombres, a aquella fiera indefensa que tan fácil le hubiera sido exterminar. Pero quedó pensativa ante el desvalido cachorro que venía quién sabe de dónde y cuya madre con seguridad había muerto. Sin pensar bien en lo que hacía llevó al cachorrillo a su seno y lo rodeó con sus grandes manos. Y el tigrecito, al sentir el calor del pecho, buscó postura cómoda, runroneó tranquilo y se durmió con la garganta adherida al seno maternal.

La mujer, pensativa siempre, entró en la casa. Y en el resto de la noche, al oír los gemidos de hambre del cachorrillo, y al ver cómo buscaba su seno con los ojos cerrados, sintió en su corazón herido que, ante la suprema ley del Universo, una vida equivale a otra vida.

Y dio de mamar al tigrecito.

El cachorro estaba salvado, y la madre había hallado un inmenso consuelo. Tan grande su consuelo, que vio con terror el momento en que aquel le sería arrebatado, porque si se llegaba a saber en el pueblo que ella amamantaba a un ser salvaje, matarían con seguridad a la pequeña fiera. ¿Qué hacer? El cachorro, suave y cariñoso —pues jugaba con ella sobre su pecho— era ahora su propio hijo.

¹ En la selva misionera habita el jaguar o tigre americano. Es el mayor predador de ese hábitat. Es más pequeño que el tigre africano, tiene manchas y, a diferencia de otros felinos, disfruta del agua. En la actualidad se encuentra en peligro de extinción.

En estas circunstancias, un hombre que una noche de lluvia pasaba corriendo ante la casa de la mujer, oyó un gemido áspero —el ronco gemido de las fieras que, aun recién nacidas, sobresaltan al ser humano—. El hombre se detuvo bruscamente, y mientras buscaba a tientas el revólver, golpeó la puerta. La madre, que había oído los pasos, corrió loca de angustia a ocultar el tigrecito en el jardín. Pero su buena suerte quiso que al abrir la puerta del fondo se hallara ante una mansa, vieja y sabia serpiente que le cerraba el paso. La desgraciada mujer iba a gritar de terror, cuando la serpiente habló así:

—Nada temas, mujer —le dijo—. Tu corazón de madre te ha permitido salvar una vida del Universo, donde todas las vidas tienen el mismo valor. Pero los hombres no te comprenderán, y querrán matar a tu nuevo hijo. Nada temas, ve tranquila. Desde este momento tu hijo tiene forma humana; nunca lo reconocerán. Forma su corazón, enséñale a ser bueno como tú, y él no sabrá jamás que no es hombre. A menos... a menos que una madre de entre los hombres lo acuse; a menos que una madre le exija que devuelva con su sangre lo que tú has dado por él, tu hijo será siempre digno de ti. Ve tranquila, madre, y apresúrate, que el hombre va a echar la puerta abajo.

Y la madre creyó a la serpiente, porque en todas las religiones de los hombres la serpiente conoce el misterio de las vidas que pueblan los mundos. Fue, pues, corriendo a abrir la puerta, y el hombre, furioso, entró con el revólver en la mano y buscó por todas partes sin hallar nada. Cuando salió, la mujer abrió, temblando, el rebozo² bajo el cual ocultaba al tigrecito sobre su seno, y en su lugar vio a un niño que dormía tranquilo. Traspasada de dicha, lloró largo rato en silencio sobre su salvaje hijo hecho hombre; lágrimas de gratitud que doce años más tarde ese mismo hijo debía pagar con sangre sobre su tumba.

² Rebozo: manta rectangular con la que las mujeres cubren cuello, hombros y pecho.

Pasó el tiempo. El nuevo niño necesitaba un nombre: se le puso Juan Darién. Necesitaba alimentos, ropa, calzado: se le dotó de todo, para lo cual la madre trabajaba día y noche. Ella era aún muy joven, y podría haberse vuelto a casar, si hubiera querido; pero le bastaba el amor entrañable de su hijo, amor que ella devolvía con todo su corazón.

Juan Darién era, efectivamente, digno de ser querido: noble, bueno y generoso como nadie. Por su madre, en particular, tenía una veneración profunda. No mentía jamás. ¿Acaso por ser un ser salvaje en el fondo de su naturaleza? Es posible; pues no se sabe aún qué influencia puede tener en un animal recién nacido la pureza de un alma bebida con la leche en el seno de una santa mujer.

Tal era Juan Darién. E iba a la escuela con los chicos de su edad, los que se burlaban a menudo de él, a causa de su pelo áspero y su timidez. Juan Darién no era muy inteligente; pero compensaba esto con su gran amor al estudio.

Así las cosas, cuando la criatura iba a cumplir diez años, su madre murió. Juan Darién sufrió lo que no es decible, hasta que el tiempo apaciguó su pena. Pero fue en adelante un muchacho triste, que solo deseaba instruirse.

Algo debemos confesar ahora: a Juan Darién no se le amaba en el pueblo. La gente de los pueblos encerrados en la selva no gusta de los muchachos demasiado generosos y que estudian con toda el alma. Era, además, el primer alumno de la escuela. Y este conjunto precipitó el desenlace con un acontecimiento que dio razón a la profecía de la serpiente.

Aprontábase el pueblo a celebrar una gran fiesta, y de la ciudad distante habían mandado fuegos artificiales. En la escuela se dio un repaso general a los chicos, pues un inspector debía venir a observar las clases. Cuando el inspector llegó, el maestro hizo dar la lección al primero de todos: a Juan Darién. Juan Darién

era el alumno más aventajado; pero con la emoción del caso, tartamudeó y la lengua se le trabó con un sonido extraño. El inspector observó al alumno un largo rato, y habló enseguida en voz baja con el maestro.

—¿Quién es ese muchacho? —le preguntó—. ¿De dónde ha salido?

—Se llama Juan Darién —respondió el maestro— y lo crio una mujer que ya ha muerto; pero nadie sabe de dónde ha venido.

—Es extraño, muy extraño... —murmuró el inspector, observando el pelo áspero y el reflejo verdoso que tenían los ojos de Juan Darién cuando estaba en la sombra.

El inspector sabía que en el mundo hay cosas mucho más extrañas que las que nadie puede inventar, y sabía al mismo tiempo que con preguntas a Juan Darién nunca podría averiguar si el alumno había sido antes lo que él temía: esto es, un animal salvaje. Pero así como hay hombres que en estados especiales recuerdan cosas que les han pasado a sus abuelos, así era también posible que, bajo una sugestión hipnótica, Juan Darién recordara su vida de bestia salvaje. Y los chicos que lean esto y no sepan de qué se habla, pueden preguntarlo a las personas grandes.

Por lo cual el inspector subió a la tarima³ y habló así:

—Bien, niño. Deseo ahora que uno de ustedes nos describa la selva. Ustedes se han criado casi en ella y la conocen bien. ¿Cómo es la selva? ¿Qué pasa en ella? Esto es lo que quiero saber. Vamos a ver, tú —añadió dirigiéndose a un alumno cualquiera—. Sube a la tarima y cuéntanos lo que hayas visto.

El chico subió, y aunque estaba asustado, habló un rato. Dijo que en el bosque hay árboles gigantes, enredaderas y florecillas.

³ Tarima: plataforma elevada a poca altura del suelo, que habitualmente se colocaba al frente de las aulas y desde la que los docentes se dirigían a los alumnos.

Índice

Puertas de acceso	3
De la narración al escenario: dos lenguajes para Juan Darién	5
El hombre y la naturaleza: alianzas y enfrentamientos	7
De la narración al escenario: más que un cambio de código	11
La lectura como reescritura.....	15
La obra	21
“Juan Darién”, de H. Quiroga	21
<i>Juan Darién</i> , de M. Kartun	39
Escena I	41
Escena II	51
Escena III	55
Escena IV	61
Escena V	65
Escena VI	73
Escena VII	77
Escena VIII	85
Escena IX	91
Escena X	95
Escena XI	99
Bibliografía	101